
GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO.

CLÍNICA INTERNA.

APUNTES PARA EL TRATAMIENTO DEL MAL DE SAN LAZARO

EN SU FORMA MANCHADA.

El mal de San Lázaro ha sido en todas épocas motivo de gran preocupación para los médicos de todas las edades; su aparición como enfermedad data de muchos años atrás y se pierde en los tiempos bíblicos; su etiología ha sido muy discutida, y una á otra se han sucedido doctrinas con más ó menos razones científicas, apoyando tal ó cual manera de juzgar la cuestión: de ellas se han instituido diferentes tratamientos, tanto profilácticos como curativos, sostenidos en las doctrinas que sus autores han emitido; pero por desgracia todos ellos, después de haber impresionado algún tiempo la atención de los facultativos que se han ocupado de esta afección, han sido desechados como inertes y el desaliento ha sido la consecuencia necesaria de cada una de las ilusiones que se han ido perdiendo.

Las diferentes formas de esta enfermedad han sido muy debatidas, y á pesar del empeño que en su estudio se ha tenido, llama mucho la atención que en Europa hasta el año de 1851, sólo se describían dos formas: la tuberculosa y la anestésica, sin que ningún autor, en aquella época, se ocupara de la forma manchada, razón por lo que el eminente Lucio, viendo este vacío, lo llenó escribiendo su brillante Memoria sobre esta enfermedad, que vió la luz pública el 31 de Diciembre de 1851, Memoria escrita con mano de maestro, en donde se revela el genio médico y espíritu observador de nuestro sabio y finado consocio, honra de nuestra patria.

Últimamente los autores europeos se han ocupado de la forma que motivó la Memoria á que me vengo refiriendo, y Hebra, que habla de esta forma de una manera muy concisa en su Tratado de enfermedades de la piel, de 1878, no toca ni con mucho los puntos que estudió Lucio; de manera, que en el estado actual de la ciencia se puede decir que el conocimiento y estudio de esta enfermedad,

el más completo se ha hecho en México por los Dres. Lucio y Alvarado, quien ayudó mucho al primero en sus investigaciones, según confesión del mismo Lucio, el que modesto en todos sus actos, no quiso aceptar sin comprobación de otro facultativo lo que veía.

No es mi ánimo en estos apuntes que hoy presento á esta respetable Academia, estudiar el mal de San Lázaro para hacerlo adelantar; con temor voy á presentar dos hechos de esta enfermedad que la casualidad ha traído á mi vista y cuya marcha ha llamado altamente mi atención: sé muy bien que dos observaciones es muy poco para formarse uno un juicio exacto; pero también sé que grandes adelantos han surgido de pequeñas causas y accidentes, y en lo que paso á referir me limitaré puramente á presentar á mis consocios hechos que cada uno de ellos acogerá ó desechará según el interés que á la cuestión le dé.

La separación de los lazarinos que estaban agrupados en un departamento del hospital «Juarez,» conocido con el nombre de «Sala de Lázaros,» dió por resultado que tanto las mujeres como los hombres afectados de esta enfermedad, se distribuyeran en todos los servicios del establecimiento, tocando al Sr. Dr. D. Antonio Velasco, encargado de la sala núm. 7, una enferma llamada Teófila Morales, y á mí el enfermo Pedro Subillaga, quien dice tener veinticinco años y haber sido de oficio tejedor: en el interrogatorio que se le hizo, asegura no haber tenido ningún antecedente en su familia; dice haber empezado á enfermarse en 1880 y haber entrado al hospital en 1881, donde permanece desde aquella época: los síntomas y marcha del mal que creo inútil describir, pues es perfectamente conocida por todas las personas que me escuchan, es la FORMA MANCHADA, y cuando recibí á dicho Subillaga, era una sola úlcera de los piés á la cabeza, su estado de demacración era absoluto, y el mal olor que despedía era tan repugnante que había que vencerse para permanecer á su lado, máxime cuando se tenía que curar, no influyendo para mitigar este mal olor las soluciones y pomadas fenicadas que para ello se empleaban.

Este desgraciado, que no podía moverse en su cama por los fuertes dolores que padecía, estaba en el último estado caquéctico que se puede uno figurar, ninguna de sus funciones de nutrición se ejecutaban y carecía por completo de apetito: su estado era tan lastimoso que al verlo se le deseaba la muerte como un lenitivo á tanto sufrir y padecer.

Mi pena era mayor, pues ya durante el tiempo que había estado en el hospital, se habían agotado por el médico especial encargado del departamento, todos los medios conocidos sin resultado ninguno, habiendo llegado á la triste necesidad de sostenerlo bajo la influencia de la morfina para mitigar sus dolores.

Deseando hacer algo en bien de este desgraciado, y habiendo llegado á mi noticia que la enferma del Dr. Velasco se encontraba curada y en vía de regeneración, me dirigí á él para ilustrarme y emplear el tratamiento que tan bien había probado á dicha enferma; este compañero, con la amabilidad que le es genial, me

dijo que el joven estudiante de segundo año, Joaquín Rodríguez, era el que había sido el autor del remedio empleado, y que no era otro que el cocimiento de la planta conocida con el nombre de malvón ó bola de fuego, que tan común es en nuestros jardines; me recitó que la enferma Teófila Morales, que asistía, había entrado á su servicio en el mayor estado de demacración y consunción, que todo su cuerpo estaba cubierto con una extensa ulceración, la que despedía un olor insoportable, que la forma del mal era la manchada y que su estado de consunción y de demacración habían llegado á su máximum cuando la recibió; que todo esto lo agravaba una diarrea crónica incorregible que padecía y que le impedía reponerse en lo más mínimo: que en vista de esta situación fué cuando el joven Rodríguez le propuso el empleo del malvón, porque había sabido que algún enfermo afectado de la misma enfermedad y forma había sanado con él, á lo que accedió, por creer el caso completamente perdido; que el cocimiento lo empezó á tomar la enferma el día 16 de Agosto, y que al mes se encontraban cicatrizadas todas las ulceraciones, la diarrea dominada, repuesta y regenerada: en vista del resultado que tenía á la vista y alentado con él, me decidí á dar á mi enfermo el mismo cocimiento y en la misma dosis que lo había empleado el Dr. Velasco, quien me hizo saber que en su enferma se empezó á dar un cuartillo por día: que para hacer el cocimiento se empleaba un puñado de la hoja por cuartillo de agua: que esta cantidad se aumentaba diariamente hasta hacerle tomar dos cuartillos diarios: que en cuanto al tratamiento local, no tenía importancia alguna, que bastaba el aseo y curar con cualquiera pomada secante, para que las úlceras cicatrizaran.

Al pie de la letra seguí las instrucciones del Dr. Velasco, y el día 8 de Octubre del presente año tomó mi enfermo el primer cuartillo de decocción y se le siguieron curando las úlceras con la vaselina fencada que se estaba empleando antes: no habían pasado quince días del uso del medicamento, cuando las ulceraciones de ambos miembros inferiores estaban del todo cicatrizadas, y al mes no existía ninguna por cicatrizar; el enfermo se había repuesto, ha engordado, su semblante es menos desagradable que antes y empieza á dar sus pasos en la sala.

No creo de ninguna manera que lo expuesto pueda definir la cuestión; tampoco digo que el joven Rodríguez ha encontrado el remedio del mal de San Lázaro en su forma manchada, me limito puramente á narrar lo que he visto: me propongo seguir empleando este medicamento en los casos que se me presenten en mi práctica y dejar que el tiempo y la clínica fijen esta cuestión, que encierra para mí grande interés, y quedaré satisfecho si es en México donde se encuentra el remedio para un mal que hasta hoy ha sido el azote de la humanidad, haciendo la desgracia de infinidad de seres.

México, Noviembre 24 de 1886.

DR. EGEA.